

Pido la palabra

calepin

Café con Letras

Colectión



Javier Rodríguez

(Leonardo Vinci)

Marzo de 2021

Musa – Dibujo a mano alzada



«Café con Letras, Pido la palabra»
 Revista Cultural
 Año 2 Número 6
 Marzo de 2021
cafeconletras2002@gmail.com

Idea y Dirección: Angel Kandel
 Arte y Edición: Lorena Brito



PALABRAS AL MARGEN

"Palabras al margen" presupone un complemento a algo primordial, algo trascendente, algo que nos place acompañar.

En este caso de Palabras al margen de Pido la Palabra es ni más ni menos que el humilde acompañamiento a esa construcción que venimos haciendo todos y cada uno de los que desinteresadamente, con nuestro hacer y nuestros errores, con nuestro entusiasmo y nuestras virtudes, llevamos a cabo desde hace casi diecinueve años y que tiene por nombre CAFÉ CON LETRAS.

Pandemia mediante y demasiados, quizás, almanaques descolgados del muro de mi vida hacen que, incesantemente, esté en la búsqueda de quien tome el testimonio en esta larga carrera que, gustaría, no se interrumpiese.

Circunstancias varias y variadas lo hacen difícil pero la meta se alcanzará.

Al Covid-19 no se le está encontrando vacuna, a nuestras expectativas las haremos realidad festejando este Café con Letras-19 compuesto por la energía de todos quienes bregamos por este querido Espacio, sin claudicaciones, sin marquesinas, sin exigencias.

Fueron seis presentaciones de este querido Calepín que quedan en las alforjas de nuestro emprendimiento y por eso mi agradecimiento a quienes respondieron a mi convocatoria, a mi

PIDO LA PALABRA

Angel Kandel

**Un regalo que nos dejó nuestro querido Poeta y Amigo,
pensando en Café con Letras**



Logo diseñado por

Enrique Van der Tuin



“La finalidad de la vida es construir un alma”
Miguel de Unamuno.

A MIGUEL DE UNAMUNO

Ahora tú me sueñas, y ya sabes
si somos Todo o Nada, Vida o Muerte.
Ahora ya no tienes que perderte
en la razón ni has de quemar las naves.

Transito misteriosos valladares
de terrenal, ignota, triste suerte,
ansiosa y empeñada en comprenderte,
por entender si hay otros despertares.

El alma que con ansia me construyo,
seguir quisiera el misticismo tuyo,
locura clara, existencial dolencia.

Tan solo niebla soy, de Dios ausencia;
me pierdo, imploro, enciendo mil candelas,
y tú desde la luna me consuelas.

Un tren se detiene,
el agua de los charcos
tiembla con el viento
hasta apagarse,
la noche resbala
se hunde en su mudez,
respiro la brisa,
necesito de tu voz
sé que me estarás esperando,
abro los labios
y humean las estrellas.

Cristian Jesús Gentile

(I)

A veces tengo frío.
Y hablo de esos fríos que no se abrigan
con ningún clima cálido. Esas veces también siento
que no hay nadie ni nada. Y solo soy una mueca
indefensa de mi propio silencio.

(II)

Poema escrito por Dios, es en tu voz, la noche.
Cien aros de fuego surcan la ferocidad de la nieve. Allí
donde musita levemente el sueño a su dama dormida.
No tiene verbos la lluvia, que se le parezcan.
Y nazco, y muero, incesantemente hasta volar de
cenizas el ocaso.

Ventana

Ventana ese paraíso
de besos que esperan.

Y la mirada exacta, suave
detenida en el tiempo.

Ansiada y ansiosa.

Y la boca de par en par
como el alma

para deshacer
todas las auroras

como un brebaje
en el dulce recinto de la tarde.

Cristian Jesús Gentile



Alejandra Etcheverry



Democracia y Memoria



Una marcha se asoma en el silencio,
una plaza que nos cuenta de su historia,
miles de voces ahogadas van gimiendo,
pañuelos blancos que custodian la memoria.

Los ojos del horror son desatados
las botas pisotean lo vivido.
De los hijos que fueron masacrados,
Madres que son memoria, nunca olvido.

Hay un país de mujeres que caminan
una patria sin rostro que quedó velada.
Miles de ojos que no están y que nos miran,
clandestinas lenguas que nos fueron cortadas.

Sus voces ausentes no se callarán jamás
la Historia repite:
“NUNCA MÁS, NUNCA MÁS”.

EL ECO DE SU VOZ

Entre árboles discretos
el eco de su voz
llora en silencio
la pérdida de su amada.

Búhos de inquisidora
mirada entonan su
canción.

El rojo pasión muda
su color, la melodía
borra las líneas del
Pentagrama.

Las corcheas, blancas
y redondas vagan sobre
el papel blanco;
Los botones desnudos
de las flores tiemblan
de frío.

Ya no pueden decir:
«Esto es tuyo y esto
es mío»

Ya no hay prisa

Ahora somos dos sombras
que se abrazan en el punto cero,
sin hacernos reclamos,
sin escenas de celos.
Fortalecidos en el día,
en la noche somos afirmados
donde todo lo vemos
y nadie nos ve a nosotros.
¿Qué se han hecho los otros?
¿A dónde han ido?
¿En qué buhardilla
se han escondido?

Adriana Galeano

MI LIBERTAD

No supe de mi libertad
hasta que la perdí,
hasta que di con tus huesos toscos
en tierra
que firme no fue...
Todo se tambaleó en mis costumbres:
mi vaso deseó ser tus labios
mi cama, tu abanico,
mi historia, tu "Padrenuestro"...

Crecí creyendo
que mis alas elevarían la densidad
de tus pensamientos
-álcidos destellos
que venían de vuelta
en la geografía de mis versos-...

Y crecí a fuerza de soltarte,
de conocer tus comas,
tu idiosincrasia que asfixiaba
con vanidades elegantes...

Y crecí sabiéndote;
como respirarte sin miedo...
Así comencé de nuevo
a surcar los vientos
a los que pertenezco.

Supe de mi libertad
cuando poco a poco
dejé de creerte incienso.

MANOS

Es el abrazo hecho carne,
finura y elasticidad completa:
todo cabe entre ellas,
todo lo sublime, lo eterno.

Toda gratuidad es posible
y el partir el pan añejo,
el de las calles a oscuras,
el de ahora tan tierno.

Por amor son dibujadas
-lindos escritos de sueños-,
por ternura se unen a otras
formando un mismo misterio.

Manos son placenteras
que nos conducen al cielo
en los instantes de vida,
en los instantes de fuego.

Puños son que cerrados
expresan el descontento,
la rabia, la indignación
y el ingrato proceder
de promesas de cemento.

Seguridad con ellas cerca
que secan lágrimas, reparten besos,
diversidad en la cocina apañan
y al paladar engalanan
con sabrosos condimentos.

Portento de creatividad
a veces ríen y bailan,
otras les lloran los huesos
por limitadas hallarse
con el peso de los tiempos,
hechos al fin que conforman
la pluralidad adquirida
al abrirse, eterna dádiva,
al azul de mis cimientos.

"AURIERI DIEZ"

La tórrida tarde de ese febrero no presagiaba que fuese el momento oportuno para jugar un partido de fútbol y menos sobre el ardiente asfalto.

Esa era la lógica de los adultos, pero para la barra de Terrero y Punta Arenas era una cita sagrada ese "desafío" contra los de "otro barrio" que era el grupo de amigos que se juntaban en la esquina distante a una cuadra pero para la jerga eran distintos "barrios" dentro del querido Barrio de La Paternal donde cohabitaban esos "barrios de cuatro esquinas", en este caso el de Terrero y Miguel Ángel.

Convivían allí compañeros de grado de la escuela, se cruzaban en "los mandados" de la mamá pero en fútbol era algo distinto, "era otro barrio".

Así es que Axel esperó a que sus padres se durmieran para disfrutar de una reparadora siesta sabatina para prácticamente fugar e irse a reunir con Chiquito y Kuki, Manzanita y Bananita, Cinconovias, los dos Jorge, el Gordo y el Flaco, Pocho y Beto, el Loquito, Quemazo y Natalín y por sobre todo y sobre todos, Coco, el crack del equipo que ese día podía jugar dado que no siempre le era posible porque lo buscaban de otros barrios.

La cita era en la "sede", esa ochava en los escalones de la sastrería de Don Aarón, el padre de Momi que era el "insai" derecho.

Eran muchos por lo que había que sacar a los "troncos", a los "pataduras" aunque, como aclaro Tito:

- Al Gordo hay que ponerlo de arquero, tiene que jugar porque trajo la pelota, sentenció.

Si, llevaba "La Pulpo", esa esfera rayada de rojo y blanco, la que, cuando podían, iban juntando centavo tras centavo para comprarla en lo de "El Petiso" de la Avenida.

Esto era cuando andaban "platudos" porque si no jugaban con la pelota de trapo armada con la media rota de alguna tía solterona rellena de papeles o la aún más humilde pelota de papel hecha con arrollados de papeles de diario fuertemente atados con piolines pero que al caer en alguna traicionera zanja de las que había en los cordones de la vereda, sucumbían a la humedad.

Cuando ya estaban todos los convocados se dirigieron, en procesión, al "Estadio", ése distante a una cuadra en Terrero entre Linneo y Biarritz, pues como la tenuta era muy importante se decidió jugarlo en "campo neutral".



Estadio sin tribunas y campo de juego sin césped, arcos demarcados por pullovers y piedras y alejados de las esquinas por si aparecía "el autito", el patrullero Chevrolet 1951 por cuya ventanilla veíamos la manga blanca de servicio del policía de turno y "salíamos rajando" no sin antes que un aventurado prócer se incautase de la pelota y la salvase de las manos policíacas.

Era la adrenalina que necesaria para liberar tensiones.

Llegaron los del equipo contrario que contaban entre sus bastiones a Galarza, Carlitos el Carbonero, Carlitos el Camionero, el Marciano, el Galán Rubio, buen equipo y fuerte por lo que ya las estrategias estaban delineadas.

Los equipos se formaron uno de cada lado del centro de la cancha y al que le había tocado "mover" la pelota miraba muy seriamente a los contrarios y decía a viva voz.

- "¡Aurieri!"...

a lo que el responsable del otro equipo respondía

- "¡Diez!"

y era en ese momento en que comenzaba el partido.

"Aurieri - Diez", mágica onomatopeya que como un ritual se respetaba a ultranza y que hacía que el partido pudiese dar comienzo.

"Aurieri Diez"...,

palabras que taladraban la mente del adolescente Axel, buscador de respuestas y que al ingresar a la escuela secundaria y corresponderle estudiar el idioma de Shakespeare y a esto unírsele su avidez de lectura futbolera que hizo "devorar" el Referee's Chart, reglas del fútbol, y habiendo tomado conocimiento de que este deporte era de caballeros llegó a la lógica conclusión que antes de empezar cualquier encuentro el equipo que comenzaría el juego preguntaba

- "All ready?", "¡todos listos!",

a los que el equipo rival le respondía

- "Yes", "Si",

y era en ese momento que comenzaba el caballeresco lance.

All Ready - Yes...

Aurieri Diez...,

...dos fonéticas para un mismo resultado, el abrazo fraternal luego de la contienda.

Este desafío tenía gusto a "clásico de barrio" y se jugaba con todo; era el honor y la hombría, era el deporte y la gloria.



- ¡Che Marciano, me pegaste un codazo!, se escuchaba tras un choque.
- Che Kuli, me "estrolaste", gritaba El Marciano
- Coco, no seas "morfón" y pasala, le gritaba un compañero.
- Tito, dejáte de hacer "la bicicleta" y pateá al arco, decía un ansioso hincha desde un balcón al que había trepado.

En un momento apareció por la esquina el Cabo Ojeda, más conocido como "El Chinito", el Chinito de la 41, que tenía ese apodo por sus ojos rasgados pues debía ser oriundo de Catamarca o Tucumán, y que venía a dispersarlos seguramente por la queja de algún vecino que tenía interrumpida su siesta. La corrida fue total pero al verlo regresar caminando cansinamente a su parada en la Avenida volvieron a la cancha y nuevamente se jugó.

En un momento hubo un encontronazo entre Pocho y Axel y éste, que por ser mayor no quiso pelearlo pero tuvo que soportar "un tortazo" que Pocho le pegó en la nariz que quedó como una berenjena.

Así se llegó al final del partido, momento en que todos los jugadores fueron corriendo a la vereda de Carola a la que le pidieron la manguera con la que regaba y, previo mojarse las muñecas y la nuca "para bajar la presión", tomaban agua para nutrir a esos deshidratados cuerpos.

- ¿Cuál fue el resultado de ese memorable encuentro? resuena en la mente de este recordador y él mismo se responde

-¿Es importante?...

...y tiene razón, lo único importante es la confraternidad con que volvieron caminando juntos esa treintena de chiquilines que comentaban, se quejaban, se reían y programaban

- ¿Cuándo nos dan la revancha?

Y este Axel ya crecido entrecerró los ojos como encerrando a los participantes del desafío y mientras los veía en su mente correr, gritar, y jugar alegremente, también a él se le dibujaba una sonrisa en ese rostro ya surcado por arrugas y una blanca cabellera como blancos eran los inocentes recuerdos de esa feliz niñez.

Angel Kandel

Maryse Esterle

Tomás Barna

(traducción)

Parte I I

Apoyada en la borda, muy cerca del muelle, se siente envuelta por los velos de un sueño azul, en el que un grupo de gaviotas y albatros se transfigura en un poema hecho de aire y de alas.

Recuerda aquel día de la primavera de 1906 cuando, gracias a Anselmo, se abrieron las puertas del salón privado de la dueña de la casa Baldiano. Temblaba presentándole a doña Juana la carta de recomendación del párroco de San Bernardo: “Le recomiendo esta parroquiana, buena cristiana, modesta y de conducta irreprochable, que siempre atiende los oficios religiosos...”

La severa Juana la estuvo mirando de arriba abajo, la cuestionó, la observó. Decidió fiarse del párroco y de Anselmo y probar a esta mujer bajita, silenciosa y modesta, de quien la patrona, la señora Pellegrini, había dicho maravillas.

Llegó a ser la tercera doncella, entre los quince mucamos del palacio Baldiano, encargada de la ropa de las señoritas de la casa y del cuidado de sus ambientes. Pasaba los veranos con la familia en Mar del Plata donde, de diciembre a febrero, escapaban del bochorno de Buenos Aires. Durante los doce años que estuvo al servicio de los Baldiano, se convirtió en una doncella perfecta. Comenzó a enviar pequeñas remesas a sus hermanas, especialmente a Generosa, su preferida y a Jean-Philippe, su cuñado. Tenían cuatro hijas, Saturnina era madrina de la tercera, Marie. ¿Llegaría a verla alguna vez?

Las señoritas Baldiano apenas si notaban su presencia silenciosa, excepto María Isabel, quien la saludaba por la mañana, agradeciéndole las sábanas cuidadosamente dobladas sobre la cama y las blusas de encaje fino que Saturnina planchaba para ella. Incluso acabó llamándola por su nombre, o



parte de su nombre. Saturnina es demasiado complicado, le dijo cuando pareció notar su presencia, te llamarás Nina, es más fácil.

Nina, casi niña. El ama la apreciaba a su criada, quien le llevaba veinte años, por ello eligió aquel diminutivo, cuando ni siquiera sabía el nombre de todos los mucamos de la casa, a los que nadie llamaba por su apellido. A Saturnina le gustaba su nombre, oriundo de un dios que les enseñó la agricultura a los hombres, tal como lo había leído en el *Larousse Universel*. Nada que ver con la cursi Nina elegida por María Isabel. Pero los dueños tienen todos los derechos, incluso el de cambiar el nombre de sus sirvientes. Así se convirtió Saturnina en Nina durante el servicio. Quedaba claro que pertenecía a la casa de María Isabel y - más precisamente- a la misma María Isabel.

Cuando se casó con José Luis Castillo a los veintiún años, María Isabel se llevó a Saturnina con su dote a una hermosa mansión cerca del palacio Baldiano. - Nina, vendrás conmigo, ¿verdad? Ya no puedo prescindir de ti -, le dijo con su vocecita de flauta.

-Sí, señora, respondió Saturnina y pensó: si señora, como no, claro que voy contigo.

Llegó el día en que María Isabel le anunció, como al descuido, a su criada, que ella y José Luis iban a viajar a Francia, y Saturnina viajaría con ellos.

-Tomaré las aguas en Salies-de-Béarn, me acompañarás y podrás visitar a tu familia; no están lejos, ¿verdad?

-Sí señora, desde ya le estoy agradeciendo.

Había estado esperando esto durante mucho tiempo. Años de sábanas plegadas, planchado de las blusas de encaje de su ama y dobladillo de sus polleras.

Doncella transparente e indispensable a la vez. Años relacionándose con las demás mucamas, rechazando las propuestas de los cocheros y proveedores, con el pánico de quedar embarazada, debido a que por ello, podrían echarla. María Isabel la quería, por cierto, pero un niño significaría la expulsión de la casa Castillo, el abandono del pequeño, las tareas extenuantes para señoras apenas más afortunadas que ella, exiliada para siempre de la domesticidad de la alta sociedad.

Entonces Saturnina no respondía a las propuestas de los hombres y sus promesas de montar un boliche o un negocio. Vio desaparecer a varias mucamitas que correteaban por los pasillos cuando los dueños no estaban,



miraban a los sirvientes a los ojos y se dejaban acercar por los hijos de la casa. Las doncellitas atrevidas se evaporaban algún día, con los ojos hinchados de tanto llorar y ni doña Juana ni doña María Isabel les concedían la más mínima gracia antes de su partida. Como mucho, podrían entregar a su bebé al Patronato de la Infancia, encauzado por las damas de la alta sociedad porteña. Saturnina había visto a una de esas doncellas caídas, pidiendo limosna en el umbral de la iglesia Santa Adela, demacrada, sin sombrero, el pelo enredado. La expulsó el párroco por no querer que su antigua ama se molestara por su presencia. Aquellas damas dominaban abismos de virtud.

Saturnina vio y entendió todo esto y, a los treinta y cinco años, temiendo asumir el mismo destino de las otras mucamas, después de una noche ardiente con un jardinero, cerró definitivamente su cuerpo y su corazón a los arrebatos del amor y también, según pensó, a la miseria que le esperaba al caer en ellos.

Sus esfuerzos fueron dando frutos. En 1926, por fin puso los pies en Oloron-Sainte-Marie con un baúl grande lleno de regalos. Volvió a ver a Generosa, abrazó a su cuñado y fue a la tumba de sus padres en el cementerio de Sainte-Croix. No había podido despedirse ni de su padre, muerto en 1909, ni de su madre, arrebatada por una embolia pulmonar a los setenta y un años en casa de Generosa. Encontró a su hermana, silenciosa, obedeciendo a un esposo patriarca con su esposa y sus cuatro hijas. Las pibas la miraban con asombro, como si se preguntaran si lo que veían era una realidad, que ella estuviera allí presente, porque muy pocos emigrantes que hacían la América regresaban o bien se trataba de retornos definitivos. Su ahijada Marie, una piba de nueve años con el pelo corto, celebró con una risita de alegría los calcetines de lana amarilla que le regaló: ¡estos colores no se hallaban en Oloron!

Respiró el aire del Bearn, caminó por el puente Sainte-Marie con Generosa, llenó sus ojos, sus oídos, su piel, con los lugares de su juventud. Tres días haciendo reservas de recuerdos. Luego regresó a Salies a ver a María Isabel, a volver a ser Nina, a doblar las sábanas, planchar las blusas de encaje y los vestidos de color beige o rosa muy claro que a su ama le gustaba lucir. Se los llevó con ella a la América, la familia, los amigos, los vecinos, las piedras de las casas, los árboles del jardín público, el canto de los montañeses, sin decir la soledad, la añoranza, la nostalgia.



Nadie hablaba de eso, menos aún las vecinas venidas a ver qué pasaba con sus hermanos, primos o hijos, partidos un día y, a la vez, ausentes cada día. Saturnina les había entregado unas cuantas cartas y paquetes deslizados en su baúl por emigrantes que sabían que los Castillo viajaban a menudo a Europa y acechaban las salidas para mantener el hilo tenue de la ausencia. Les dirás que pienso en ellos, que la salud es buena, cuidaos como yo me cuido, espero volver en algún momento prontito, todavía tengo un asunto por resolver; antes de primavera, sin duda iré por allá.

Nunca venían y Saturnina tenía fama de persona privilegiada, una aventurera que se daba el lujo de ir y volver, guardando en su memoria la alegría de Marie con los calcetines amarillos y la mirada tierna de su sobrina Eugénie, de quien hubiera querido ser madrina también.

Agarrada de la borda del Giulio Cesare, Saturnina oye la voz de su ama: ¡Nina! El embarcadero está muy cerca ya, puede distinguir a los chóferes de los autos que vienen a recoger a los pasajeros y una marea de sombreros, oscuros -sobre la cabeza de los hombres-, o claros sobre la cabellera de las mujeres.

Las gaviotas y los albatros bailan cerca del buque, dándole la bienvenida con sus revoloteos y cantos alegres; se deslizan sobre el mar color de plata en un ballet de plumas.

Regresa feliz a Buenos Aires, Argentina ya es su segundo país. Volverá a ver a las doncellas, a los chóferes y a Anselmo, quien todavía gobierna a los mucamos de la casa Baldiano con más de setenta años de edad. Su nuevo mundo, de algún modo.

La emigración es eso: dejamos a los que amamos para conocer a otros que no llenan el vacío, y cuando volvemos a ver a los primeros, son los segundos los que faltan. Nunca tenemos cerca a todos los que amamos, alguien esencial siempre falta, dejamos algo en otro lugar, somos de acá y de allá.

En medio de los bultos, de los baúles descargados, de las llamadas de los cocheros y chóferes, de la marea de sombreros que esperan a los pasajeros, Saturnina se hace una promesa: volverá a Oloron, otra vez caminará por el puente Sainte-Marie!

Maryse Esterle

Nouvelles du Rio de la Plata, association Bearn Argentina, 2017, p. 13 -19.
Traducción al español (Argentina) 2020.

El cuento *Al origen* fue premiado en un concurso de cuentos (novelas cortas) organizado por la asociación "Bearn Argentina" y publicado con los demás cuentos del concurso por la misma asociación en 2017 (título : *Nouvelles du Rio de la Plata*).

La narradora Maryse Esterle es la autora de este relato, escrito originalmente en francés, adaptado con el título de "MI LUGAR EN EL MUNDO", en español, con acento argentino, por el escritor Tomás Barna, con la esmerada y sensible colaboración de Martha Marquez.

*Un regalo a mi maestra,
quizás un poema que la haga eterna.*

*Aunque ella sepa,
que esta niña mañana crezca.*

*Un regalo a mi maestra,
cien arcoíris o mil estrellas.*

*Por su leal compromiso,
su paciencia y su entrega.*

*Un regalo a mi maestra,
que cada mañana
con amor enseñe.*

¡Gracias Roxana!

Ivanna Silvera y Nancy Galli

(10 años)

COLEÇÃO NOTAS

Grabado



COLEÇÃO IDEIAS

Grabado



Eduardo Alvarado Martínez

VEJEZ DE A DOS

VEJEZ DE A DOS, en la cúpula de los años
Y los recuerdos se aconchan en el cáliz de la vida
Dos almas hasta los confines de la galaxia
Dos caminos en un solo corazón
Vino a morar el blanco invierno
En los pedestales de nuestra memoria
Se llenaron de repliegues
Nuestras lunas
Se nos trizaron nuestros juncos
Ya se cansaron nuestras almas
Las palabras se alimentan de todas las sabias
Que el mundo nos ha regalado
El final se acerca posándose en la ventana
Que años postreros
Que años nos esperan al filo del tiempo
Sublime vejez cabalgando sobre una hermosa
Luna de plata
Escucho pájaros esquizofrénicos
Estamos viviendo en el recuerdo
Y el cielo infinito de un cielo azul.

Voces

¿Quién pena en el violín?

Más allá de las voces que no están
Se hizo noche de pronto y sin querer
las sombras arrinconan ..

Las voces ya no están
Tapizan las calles de un silencio feroz.
codicias y vacíos es todo lo que hay..

Tal vez será el rumor de aquellos que una vez,
unas sombras que vuelven a buscar su final.
Suenan un piano acariciando ausencias.
Tal vez serán sus voces, sus sueños que no están

Cansados de temblar, individuales, tristes
recobremos los signos, los relatos, los cantos.
El brillo de satén que tenían las calles.

Y que el río vestido de innumerables luces,
nos devuelva la furia ,
nuestra perdida voz.

ARBOLES DESNUDOS

Los arboles desnudos se desdibujan
en campo de jazmines y
tierra mojada.

Buscan un nuevo goce.

En éxodo de magnolias
enfermo de herrumbre y ocaso
el viento me regala
nostalgia de besos.

Voy a la grupa del alba.
Desaparezco para no verme.

LO QUE SE CIFRA EN EL MAR

Mar infinito, prometes, en conjunción con el cielo,
cerrar el círculo perfecto alrededor del que gira la vida.
Tus demandas son los diámetros equidistantes que nos rigen;
las tangentes son las variables indecisas que alguna vez
habitan en el hombre, prófugo de tu protección.
Mar, ilativo de romances inmaduros,
tus entrañas tiñen de rosados intrusos, las ilusiones
que quedan colgadas de las estrellas que tu cielo nos regala.
Mar de Alfonsina, última morada de la palabra poética.
Aguas embravecidas derrotan la altanera impunidad del hombre
que se cifra en la violencia de Eolo.
Lúgubre pasión de los incautos perdedores
que buscan las fichas que arrojaron en un paño,
en tus aguas inquietas.
Encantadora pasión de los que bucean en tus aguas
buscando la palabra sagrada.
Tu órbita habita en las fuentes del deseo
y refresca las hondonadas de la desesperación.
Sos vida y muerte, amor y dolor, locura y pasión.
Sos todo y sos nada.
Sos la conjunción perfecta del camino a la eternidad.

LUNA

Dulce melaza que sirve de cobijo a los primeros enamorados.
Moneda de plata que cambia la suerte de los desdichados.
Faro eterno de pescadores sin rumbo en mares fantásticos.
Sueño roto de una generación incansable vacía de glorias.
Lado oscuro de vinilos y guitarras que endulzó los oídos más remotos.

Fiel compañera de hombres de bombacha y caballos serenos.
Madre omnipotente de estrellas huérfanas que descubren el firmamento.
Inspiración lúgubre de siniestros lobos esteparios.
Linterna indiscreta que revela los más lujuriosos secretos.

Miles de formas y nombres tendrás pero tu mirada sigue inalterable.
La humanidad te observa, te mide, te necesita. Tu luz resplandece.
Haces que la noche sea más noche y que los sueños sean más sueños.
Tu fulgor se esconde en un arrullo que el hombre espera cada día.

Al final

*Hazme un sitio en tu montura,
caballero derrotado,
que yo también voy cargado de amargura*
León Felipe

Verdades sin abrir
en los armarios.

No vencen en diciembre
ni en enero

en invierno vencen

cuando somos viejos
y no podemos batallar.

*En la fugacidad
de lo que somos
hay instantes imperecederos.
César Suárez*

Qué será de ese instante
cuando yo me vaya

esa breve luz
ese relámpago que no llegó a felicidad
¿se apagará conmigo?

¿o seguirá temblando
aunque yo muera?

¿Podré heredarlo a mis hijos?
¿Besarlos de eternidad
por un momento / antes de partir
y dejarles algo
de todo lo que no
de todo lo que nunca
y que por un soplo de tiempo / para ellos
la vida sea
como una flor en el agua?

¿Sabrán mis hijos
que ese fulgor era mío
y que esa escasa infinitud
es mi última caricia?

Qué será de lo perpetuo
cuando yo termine
y vacíen mis armarios.

Dirbi Maggio

Talismanes

Recuerdo cómo me estremeció la fresca brisa marina al amanecer. Esa noche no hubo luna. Ese día no habría sol. Mi abuela me tiraba de la mano. ¡Vamos, vamos! decía, y yo apenas podía apoyar las puntas de mis pies sobre el empedrado del camino.

Llevaba puesta mi ropa especial de explorador. En cada bolsillito guardaba un recuerdo y una recomendación de Abuelito. Crecí escuchando las aventuras de piratas y pescadores, capitanes y monstruos marinos.

Tesoros enterrados por acá o por allá, a la espera de mi rescate. Yo sería el único niño en aquella expedición, me dijeron. Había sido elegido por mi valentía y buena predisposición. No tenía idea de qué querían decir con eso... Pero me sentí grande y orgulloso.

El capitán me esperó de pie sobre un viejo muelle en el que solía sentarme a pescar con Abuelito por las mañanas, antes de su partida.

Vestía camisa y pantalón blanco. Su gorra, muy gastada, ajustaba largos rulos plateados que caían sobre su rostro serio y ajado por el sol.

–Bienvenido a bordo –escuché. Su voz me sonó a tormenta–. Partiremos en la balsa hasta alcanzar el buque mar adentro. Eso me desilusionó un poco, pues esperaba ver marineros en fila, con sus atuendos impecables, saludando sobre la proa de un inmenso barco, tan grande como mi pueblo. Pero el abrazo de la abuela me hizo olvidar todo. Le caían las lágrimas. Es la emoción de ver a su marinerito cumplir el sueño, reflexioné... Uy, cómo aprieta...

– ¡Abuela, que no respiro!– rió en medio del llanto y me soltó. Sentí un nudo en la panza o en la garganta, no sé bien dónde.



– ¡A la mar! –salté a la balsa ya cargada de gente. No se veían entusiasmados. Respiré profundo para que el olor a sal me llene, y me acomodé en un rinconcito. Desde allí comencé a espiar a los demás mientras navegábamos. Serios, se acomodaban para no golpearse entre sí con el movimiento cada vez más fuerte. Al perder de vista la orilla, el mar cambió de color. Una terrible y oscura tormenta se anunció con rayos y truenos. El oleaje se tornó violento y la barca no resistió por mucho tiempo la embestida. De uno de mis bolsillos saqué un consejo del abuelo: la canción de los delfines. Canté fuerte pese a los gritos de las personas enloquecidas. Al fin los vi venir saltando hacia mí. De un impulso me elevé en el aire y aterricé en uno de ellos. Ponte cómodo, me dijo. Cantando nos alejamos del escándalo. Nos sumergimos sin dejar de entonar la alegre melodía a coro, y llegamos a unas burbujas gigantes contenidas por caracolas de espléndidos colores nacarados. Descansé un ratito, y luego, de otro bolsillo, saqué un silbato pequeño y soplé suavemente. Tenía que ser delicado, Abuelito me había hecho practicar.

Entonces llegaron dos niñas sirenas muy amables.

–Tengo mucha sed... –dije tímido. Con una sonrisa desaparecieron y volvieron unos instantes después con una bandeja repleta. Bebí de las esponjas, saqué los alfajorcitos de algas y, agradecido, me despedí. Era la hora justa en que las tortugas gigantes pasaban cerca, así que nadé hasta ellas y les mostré una cinta que tenía atada a mi muñeca. Una se posó cerquita para que yo pudiera trepar, y en cuanto me sujeté, sentí en mi rostro la caricia del agua. Tomamos velocidad y durante el viaje vi las maravillosas criaturas que guarda el océano, iluminado de a poco con los rayos de un sol escurridizo. Las amebas fluorescentes bailaban entre peces y corales. Sentí pena que los abuelitos no vieran tanta belleza. La tortuga subió a la superficie cuando las estrellas titilaban. Buen viaje, le escuché decir al dejarme. Te voy a extrañar, respondí. El mar estaba tan oscuro que me estremecí de miedo. Recordé el cascabel brillante en el bolsillo trasero del pantalón. Lo sacudí y el agua se iluminó como si las estrellas hubieran caído. Los peces neón me envolvieron con sus magníficas luces. Llegamos a una costa blanca. Dije adiós, y agotado, me tumbé en la arena. El sueño llegó apenas miré la inmensa luna que se divertía descubriendo reflejos tras las olas ribereñas.

Desperté en una cama de hospital. En una silla, vi mi ropa y pertenencias: La canción, el silbato, la cinta y el cascabel. Alguien había dejado un periódico en el que se leía en primera plana “Niño balsero, único sobreviviente de este nuevo naufragio”.

Pobrecito –suspiré iluso—. Ojalá su abuelo le haya dado recomendaciones como a mí.

Tomé una escama luminosa de entre mis cosas, cerré la mano y volví a dormir muy feliz, dispuesto para una próxima expedición.

Salir del hueco

Basta salir del hueco
en que me escondo,
para punzar el alma:

El anciano durmiendo
a la intemperie,
ese niño que pide,
envuelto en llanto.

Hombres al sol
paleando sus sudores.
Aquel ciego que avanza
en un bastón de palo.

La gente viene y va.
No importa nada,
ni el rufián que sacude
a una muchacha.

En la esquina
vocifera un hombre
al de la moto
qué acaba de robarle.

La ciudad fantástica
se mueve,
En su sístole y diástole
instaladas.

Dónde están los pájaros,
las flores?
Y el gesto amable
Que entibia la mirada?

Frente a la iglesia
qué invita con tañidos
me encorvo de pesar
y me anonado.

Estás tan hermosa
Buenos Aires,
Y sin embargo:

No alcanzan los gestos,
ni las manos
para paliar
tanto dolor acumulado.

Susana Tranzillo

Falguni Ghosh



POET'S PHILOSOPHY : NO. 9

Poet Agni Basu (1952-2019), the poet of Bengal, India died in the Rainy time in 2019 out of a heart stroke in Kolkata. We talked together many times. He is out and out a poet of love, spiritual love. Throughout his life he seldom wrote about the echoes and ethos of his times. He is the worshipper of the spiritual and divine beauty of love between man and woman and which transcends to divinity.

Poet Pankaj Manna (b. 1951) , poet of Bengal, India. Still writing. In his poetry we find the note of injured times and civilization, human relationship in its gentle touch of affection. His poetry is endowed with a spirit of soft homeliness and our language of existence. He uses different elements of nature: sun, moon, cloud, light and darkness for making his poetry more communicable to the readers. Different sentiments wound in heart, voice of a tired soldier in life's angst, malady of the age, and a kind of vibrated nostalgia are the key factors of his poetry. Now I want to justify a comparative space between the two poets. Poet Agni Basu is away from the critical complexity of time. He is purely a poet of love. Poet Pankaj Manna is a poet conscious to the voice of the time. Agni is not thinking about the outer reality...love gives him an eternal space in its multi-coloured sensibilities. Pankaj is living by the compounding features of contemporary ethos and many times he discards the disgusted time and of its ugliness and sin committed by the people.

As a matter of fact poet Agni is happier to be satisfied in his making of the world of love divine. Poet Pankaj searches a solace of writing poetry of tenderness to live in the past memory and nostalgia. Both the two are the notable poets loving to live in silence by their creation but temperamentally they are different and contributed beautiful poems to Bengali literature.

FILOSOFÍA DEL POETA: NO. 9

El poeta Agni Basu (1952-2019), el poeta de Bengala, India, murió en la época de lluvias en 2019 de un infarto, en Calcuta. Hemos hablado muchas veces. Es un poeta de amor; de amor espiritual. A lo largo de su vida, rara vez escribió sobre los ecos y valores de su época. Es el adorador de la belleza espiritual y divina del amor entre el hombre y la mujer y que trasciende a la divinidad.

Poeta Pankaj Manna (n. 1951), poeta de Bengala, India. Continúa escribiendo. En su poesía encontramos la nota de tiempos heridos y de civilización, la relación humana en su suave toque de afecto. Su poesía está dotada de un espíritu hogareño y de nuestro lenguaje existencial. Utiliza diferentes elementos de la naturaleza: sol, luna, nube, luz y oscuridad para hacer su poesía más comprensible a los lectores. Diferentes sentimientos del corazón herido, la voz de un soldado cansado en la angustia de la vida, la enfermedad de la época y una especie de nostalgia vibrante son los factores clave de su poesía.

Ahora quiero hacer una comparación entre los dos poetas. El poeta Agni Basu está alejado de la complejidad crítica del tiempo. Es puramente un poeta del amor. El poeta Pankaj Manna es un poeta consciente de la voz de la época. Agni no está pensando en la realidad exterior: el amor le da un espacio eterno en sus sensibilidades multicolores. Pankaj vive de acuerdo con los rasgos combinados del ethos contemporáneo y muchas veces descarta los tiempos disgustados y desagradables en el que la gente comete pecados.

De hecho, el poeta Agni está más feliz de estar satisfecho con haber hecho divino el mundo del amor. El poeta Pankaj busca un consuelo escribiendo poesía de ternura para vivir en la memoria pasada y la nostalgia. Ambos son los poetas notables que aman vivir en silencio por su creación, pero temperamentalmente son diferentes y contribuyeron con hermosos poemas a la literatura bengalí.

Agenda cultural

- *Café con Letras Virtual*: Primer sábado de cada mes, 18 hs. por el canal lorepiano en YouTube
- *Pido la Palabra*, Calepin de Café con Letras: mensual.
- *Nuestro Barrio*, periódico mensual. (*)
- *Hablando de Arte* con Nolo Correa: Domingos 13 hs. Por Gen TV www.gentvoficial.com y Lunes por YouTube (*)
- *Hablando de Arte* con Nolo Correa: Domingos 22 hs. Por Radio Hermes: www.radiohermes.com (*)
- *Generación Abierta*: Martes 19 hs. Por AM 1010 Onda Latina: www.am1010ondalatina.com
- *Al Borde de la palabra*, con Liliana Varela: Martes 18 hs. Por Arinfo Radio: www.arinfo.com.ar
- *Café Virtual de Las Pretextas*: Segundo sábado del mes , 16.30 hs. Por el canal Pretextas Poesía de YouTube
- *Extranjera a la intemperie*: Cuarto viernes de cada mes, 16.30 hs. Por Zoom. FB: Susana Cattáneo, María Amelia Díaz.
- *A cierta hora*: Martes 19.30 hs. por YouTube y Facebook live.
- *30 mil veces literatura*: martes a jueves 22 hs. Por Facebook live.
- *El planeta de los Monos*: Lu a Mié 19 hs. Por Facebook live. Zoom planetario: viernes 19 hs.
- Mis poetas contemporáneos, de Gustavo Tisocco. Domingos a las 20 hs. por Facebook live.
- Quijote del tiempo. Jueves 17 hs. Radio Contacto am 1460 (vivo por YouTube). Conduce: Cristian Jesús Gentile

(*) Segmento Café con Letras.





Quizás por algún tipo de error o equivocación, una falla geológica o en el reloj de la catedral, uno tiene la sensación de no haber estado nunca en este lugar; y sin embargo no haber conocido otro tampoco. Hubo una época, imprecisa por extensa o corta, y repleta de tardanzas oníricas, en que el martillo sobre la cuerda, y la cuerda bajo la cerda, movieron la tierra como si fuera una simple ramita debajo de los pies, y el tímpano del amor colapsaba enfermo de tiempo. Pero desde que ese carruaje alocado arrastrado por las ruedas negras de tus ojos, dio vuelta el abismo como a un reloj de arena, ya no hay dónde caer; traspasa el rubí mismo de los besos y el sílice de los segundos, las plazas con sus distintos soles y la recova de Juramento, el campanario que lanza palomas a destiempo, y las veredas que a veces llevan el nombre de algún mes colmadas de gente abrigada e ignota. Desde entonces, una sombra de cinco dedos avanza por la pared cuando anochece, incluso estando yo en algún bar pidiendo un deseo, y me acaricia la cabeza metiéndose entre los cabellos, a los que no les importa el orden. Y es que a veces, aún con tanto vestigio de templanza, es como si el destino viniese en nombre del ayer a pedirte perdón, y te dijera, que fue sin querer.



Algo entonces, más sutil que la viscosidad que puedan tener algunos pensamientos, viene a recordarme que el mundo cumple años una vez más; y que sus puertas son espectros de bisagras fantásticas, en pasillos de paredes amplias y cuadros y colores; y que detrás de cada picaporte, tu sonrisa y mirada son perfectas.



Texto y esculturas de:

Javier Rodríguez

(Leonardo Vinci)

